

lo trágico, ¿y no hay acaso un sentimiento hondamente trágico latente en toda la obra de Azorín? Y más todavía, el heroísmo es innovación, y el tema de Azorín es la repetición, el mundo que nos describe es un mundo que se repite, pero la manera como lo describe ¿no es, como el propio Ortega reconoce, profundamente original? Por más que su tema sea la repetición, esta repetición, literariamente hablando al menos, ¿no es acaso una innovación, una innovación radical que todavía no ha perdido la capacidad de asombrarnos? Por tanto, siendo un mundo trágico el que Azorín nos describe y profundamente innovadora la manera como lo describe, ¿está en verdad el arte de Azorín tan alejado de toda actitud heroica como Ortega pretende? Y si estuviera alejado de todo heroísmo el arte azoriniano, entonces no vemos cómo el propio Ortega podría calificarlo, como lo hace, de «un milagro del espíritu». ¿No es acaso el milagro la máxima originalidad, la mayor innovación, la más radical de las sorpresas? ¿Y qué mayor heroicidad que la del espíritu que produce milagros?

En cualquier caso, el estoicismo desengañado, hondamente trágico, de Azorín, no podía menos que chocar con el exultante vitalismo orteguiano, que le llevaba a exclamar al comienzo del ensayo que comentamos: «Ya he dicho que para mí la vida no tiene sentido si no es como una aspiración de no renunciar a nada». Sin duda a Ortega le parecía, como a Francisco Giner de los Ríos, en esas palabras que después pondría Azorín al frente de su libro *España* al reimprimirlo, que había en la obra de éste demasiada desesperanza y demasiada resignación.

En otra de sus obras maestras, *La ruta de Don Quijote*, que Ortega no cita en su ensayo, se pregunta Azorín: «La vida, ¿es una repetición monótona, inexorable, de las mismas cosas con distintas apariencias?». Azorín dice que sí; Ortega dice que no. Que el lector responda a la pregunta por su cuenta.

El segundo escritor que vamos a considerar no es otro que Ramón Gómez de la Serna, autor de *Azorín*², la primera biografía azoriniana de que tengamos noticia, cuya primer edición apareció en 1930 en la editorial La Nave, y que luego vería sucesivas reediciones en la editorial Losada de Buenos Aires a partir de 1942.

El libro de Gómez de la Serna no es una biografía convencional. Nos ilumina tanto sobre el biografiado como sobre el biógrafo; es imprescindible para conocer tanto a Azorín como a Ramón. Es, desde luego, un gran libro, de distinto modo que el ensayo de Ortega, pero asimismo pieza clave en la bibliografía azoriniana, y, asimismo también, uno de los libros capitales de Gómez de la Serna.

Desde el mismísimo pórtico pone Ramón las cartas sobre la mesa, confesando limpia y lealmente: «Azorín ha sido mi mayor admiración literaria, así como mi mayor admiración ideológica ha estado dedicada a Ortega y Gasset». Una admiración que sólo tuvo un momento de desfallecimiento, motivado por uno de los desconcertantes giros políticos azorinianos. El párrafo es jugoso; vale la pena que lo transcribamos. «Sólo hubo un momento en la maraña de la adolescencia en que, iracundo con lo que entonces no comprendí de su veleidad política, me encaré con él en el rincón de una obra. No quiero ocultar esa falla cuando cantó el gallo de una de aquellas

² Ramón Gómez de la Serna, *Azorín*, 3.^a ed., Buenos Aires: Losada, 1957.

madrugadas. Pero a semejanza del que no perdió nada de su fervor por el Maestro, yo sólo fue una vez cuando lo negué, con pedrada de chico de la morería, de la morería que es cada generación adolescente de España». Pero, exceptuando este instante pasajero, la admiración de Ramón por Azorín se ha mantenido incólume, hasta el punto de que, ya hacia el final de la biografía, volverá a proclamar: «Ante el compromiso de tener que elegir un escritor que no defraude, escogeré siempre a Azorín».

Dice Ramón: «Mi sensación, al pensar en Azorín, es que cada tiempo ha sido descubierto por un escritor». Sí, Azorín es el escritor que descubrió como ninguno la vida española de finales del siglo XIX y principios del XX. «Azorín testificaba toda la época, y en sólo un eco metía todo el vivir del ir viviendo, que caracterizaba la España de ese momento». Pues, antes de que llegase Azorín, «sólo había habido periodismo, política y grandilocuencia». Fue Azorín el que «con aticidad, atildamiento y entrecomillado comenzó a asistir a la vida», ya que «había en aquel momento que comenzar a silabear la realidad como saludo e inventiva del escritor testigo». Éste era el deber imperioso de la época, que estaba aguardando su cumplimiento, y fue Azorín el que gallarda y señeramente lo satisfizo, y por eso podemos decir de él que «nos redimió a España en gran parte, porque la desentrincó de sus temas y obsesiones». Y por eso, más adelante, dirá Gómez de la Serna que Azorín «desde su apartamiento ha enseñado a escribir, a volver a escribir, a toda la España moderna».

No puede Gómez de la Serna, por supuesto, describir la vida de Azorín sin hacer mención de la generación del 98 y de lo que supuso su irrupción en la palestra literaria en la España de la época. En este sentido su libro no es solamente la biografía de un único escritor, Azorín, sino también crónica de toda una generación. «Toda una generación y un tiempo van taraceados en este libro», dirá justamente al rematar la obra. Así, Valle-Inclán (al que posteriormente Ramón consagrará también otra estu-penda biografía), Baroja, Maeztu, Silverio Lanza, Ganivet, tienen sendos excelentes capítulos reservados en la obra. Acerca de lo que todos ellos, los grandes escritores de la generación del 98, supusieron en la literatura y la vida de nuestra patria, se expresa Ramón con contundencia en el siguiente párrafo, que, pese a su extensión, merece ser citado en su integridad:

No una generación sino varias de ese tiempo no han dejado más rastro que la gloria de esos hombres, sus dichos, sus paradojas, sus me da la gana. Otros me da la gana, otras paradojas, otros dichos, otras obras han querido implantarse en ese tiempo y no lo han conseguido. Otros hombres, con fama privada, han sido antologistas de las ideas del siglo, quizás alguno ha hecho un comentario que no estuvo mal a los nuevos que iban pasando, pero nadie afrontó la competencia lográndose destacar como esos hombres que son flor de varios millones de hombres, por lo tanto superhombres, y no temamos lanzar esa palabra, cuando vemos tan grandes multitudes de tipos que no llegan a tener la altura de esos hombres.

Pero de todos ellos, destacándose incluso en ese grupo excelso, sobresale la figura de Azorín, cuyo mero verlo cruzar la calle confiesa Ramón que es «la mayor admiración que me ha quedado de mi adolescencia literaria», y al que no duda en calificar

de «escritor máximo de la España actual», que «pasa por la vida en vía paralela a don José Ortega, el pensador máximo de España». En su libro, con su peculiarísimo y magistral estilo, Gómez de la Serna va siguiendo infatigable la trayectoria de Azorín en su variada peripecia literaria, periodística, política, académica, teatral, construyendo un retrato de cuerpo entero del controvertido personaje, ese, pese a las apariencias, siempre desconcertante Azorín, que un día confesaba a su biógrafo: «Yo he tenido siempre el sino de promover escándalo con mis cosas».

Gran libro el *Azorín* de Ramón, interesante por igual a los admiradores de éste como a los de aquél, y más todavía a los de ambos, libro magistral, pero, sobre todo, libro singularísimo. Quizá no haya en toda nuestra literatura un libro semejante, en el que un escritor de primerísimo orden rinda tan cumplido homenaje a otro escritor no menos señero de la generación precedente, componiendo su minucioso y admirativo retrato; y, si quisiéramos encontrar un libro parecido, tendríamos que pensar en la biografía de Valle-Inclán a que antes aludíamos, obra también de Gómez de la Serna. Pero la generosidad y escrupulosidad admirativas de Ramón hacia las figuras de la generación inmediatamente precedente no suelen ser habituales en nuestra literatura, en la que las relaciones entre las sucesivas generaciones más bien se basan en «pedradas de chicos de la morería», por decirlo con las propias palabras de Ramón que antes citábamos.

El libro de Gómez de la Serna empezaba con una declaración de admiración por Azorín, y con una confesión: que esta admiración solamente había tenido un desfallecimiento, que sólo una vez había traicionado al maestro. Ahora bien, hubo una segunda vez.

Como decíamos, el libro vio la luz en 1930 en la editorial La Nave, y en 1942 fue reeditado en la editorial Losada de Buenos Aires, donde tuvo sucesivas reediciones, a cada una de las cuales Ramón fue añadiendo sendos epílogos, en los que ponía al día la biografía. Tanto en el epílogo de 1942 como en el de 1948 se renueva la admiración ramoniana por Azorín, pero en el de 1954, mucho más breve que los precedentes, tiene lugar la segunda negación, la auténtica pedrada de chico de la morería. Dice Ramón en este epílogo de Azorín: «En este momento se ve que es un provinciano que nos vino de Levante y que sólo quería muchos postres. Con su aire de ciego que veía con lucidez los paisajes, llegó a la Corte para conseguir una vida rentada». Y más adelante confiesa: «La verdad es que he llegado a conclusiones desengañadas en la biografía de un escritor que creí renovador y que ha acabado siendo avejentador». Ahora la novedad de Azorín, que tanto le había encandilado, le parece «una especie de novedad aparental, un truco». Además de calificarlo de «oportunista político», dice que Azorín «nos iba convirtiendo en árboles de momias y había llegado, por la perfección y meticulosidad del estilo, a su aberración. Los pasados y los presentes íbamos perteneciendo por su causa a un extraño museo de figuras de cera». Sin embargo, añade: «Pero aunque en el fondo de la desilusión estaba todo eso sedimentado, lo que me hace escribir este último epílogo es el haber visto que el artista